

# ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII

← BARCELONA 11 DE FEBRERO DE 1889 →

NUM. 372

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



## SUMARIO

TEXTO. - *Nuestros Grabados.* - Cuadros y leyendas de la historia de Francia, por don G. Reparáz. - *La pasante*, por don Ricardo Revenga. - *Botas nuevas*, por don Eduardo de Palacio. - *Noticias varias.* - *Una barba extraordinaria.*

GRABADOS. - *Una mujer á la moda*, cuadro de A. Simonetti. - *Quien escucha su mal oye*, cuadro de C. Sartón. - *¡Dad, ahora, todos gracias á Dios! Coral entonado después de la batalla de Leuthen*, de un dibujo del fresco pintado por Arturo Kampf. - *El testamento*, cuadro de L. Bokelmann. - *Objetos de cerámica y vidrio del Museo Británico.* - *¡Recuerdos!* cuadro de Enrique Rasch.

## NUESTROS GRABADOS

### UNA MUJER Á LA MODA, cuadro de A. Simonetti

Que la mujer, sobre todo la mujer bella, ejerce una verdadera soberanía en este mundo, es una verdad tan palmaria que no necesita demostración: Dalila existe siempre entre nosotros, y si no hay Sansones que dejen en sus manos su cabellera, no faltan en cambio Adanes que se presten á ser por ella desplumados. Simonetti en el bellissimo cuadro que reproducimos ha divulgado la escena que sólo debieron presenciar las dos curiosas amigas, que

ocultas tras un biombo se ríen á mandíbula batiente del rendido caballero que busca alivio á sus amorosas cuitas en la correspondencia de desdenosa beldad. Contempladle humilde, implorando una limosna de cariño y tratando de vislumbrar un destello de esperanza en la burlona sonrisa de la señora de sus pensamientos. Quizás el infeliz enamorado no dobló nunca su cerviz ante los poderosos y sin embargo arrástrase servilmente por conseguir un ligero favor de una débil mujer. ¡Oh poder de la belleza! como dijo el poeta.

Pero esta belleza á su vez obedece á otra soberana que como á esclava la trata. ¿Lo dudáis, por ventura? Pues bien, penetrad en su tocador (aunque sea una indiscreción mayúscula), y la veréis afanarse dando tortura á su talle, violentando su ondeada cabellera, amortiguando el natural carmín de su tez con artificial blancura ó afeándola con el repugnante colorette; y todo esto y mucho más ¿por qué? Porque hay una reina despótica cuyas leyes extravagantes las más de las veces y contrarias á la naturaleza casi siempre le es forzoso sufrir; y esta reina absoluta cuyos fallos no tienen apelación y cuyos decretos han de cumplirse so pena de incurrir en la *infamante* calificación de *cursi*, es la MODA.

¿Romperá algún día la mujer las cadenas con que ésta la sujeta? Si tal hace, su omnipotencia será terrible, porque es indudable que los dones de la naturaleza pueden más, mucho más, que los artificios hoy impuestos á la belleza por tan caprichosa como tiránica deidad.

### QUIEN ESCUCHA SU MAL OYE

cuadro de C. Sartón

El asunto de este cuadro no se distingue por su originalidad, ni es de los que se prestan á una descripción detenida: basta contemplar la posición de su única figura y la expresión afanosa de su semblante para comprender que en el castigo lleva la penitencia, esto

es, que su indiscreta curiosidad le hace descubrir cosas que no son de su mayor agrado.

Por lo demás, en el conjunto y en los detalles, el lienzo de Sartón es un trabajo recomendable.

### ¡DAD, AHORA, TODOS GRACIAS Á DIOS! (Coral entonado después de la batalla de Leuthen)

De un dibujo del fresco pintado por Arturo Kampf

Cuenta la historia que Federico II de Prusia, con razón apellidado el Grande, abatido y humillado por la derrota que sus ejércitos sufrieron en Köllin, concibió la idea de suicidarse para evitar el deshonra y sobre todo el ridículo que Europa entera había de hacer pesar sobre él; pero á fuer de caballero quiso morir como un héroe y arengando á sus tropas atacó en Rossbach á los ejércitos de Francia y del Imperio obteniendo una brillante victoria en donde pensaba hallar sólo gloriosa muerte. Más adelante en Leuthen, con 35 000 hombres derrotó á 60 000 austriacos haciéndoles 21 000 prisioneros, tomándoles 104 cañones y rescatando 6 000 desertores.

Arturo Kampf, el artista que tanta fama conquistó en la última Exposición de Bellas Artes de Berlín con su «Última confesión», ha producido la conmovedora escena del ejército vencedor en dicha batalla dando las gracias al Todopoderoso y entonando el famoso coral que dice: «Dad, ahora, las gracias con el corazón, con los labios y con las manos á Dios cuyas grandezas se manifiestan en nosotros y se extienden por todos los ámbitos del mundo!»

### EL TESTAMENTO, cuadro de L. Bokelmann

La escena que Bokelmann presenta en su hermoso cuadro es indudablemente la situación culminante de uno de esos dramas de familia



UNA MUJER Á LA MODA, cuadro de A. Simonetti



— Harás en esto y en todo lo que mande. Soy el rey y no me gusta que haya más voluntad que la mía.  
Y diciendo esto, volvió las espaldas á Andowera y se retiró tranquilamente á sus habitaciones.

De esta manera tan triste terminaron las últimas fiestas de la luna de miel de Hilperico y Andowera, y entró en el palacio de los reyes de Soissons la terrible Fredegunda, que había de inundarlo de sangre.

II

En el que Fredegunda se venga y sube al trono de los francos.

Todas las tropas de Hilperico se hallaban dispuestas para partir.

Su hermano Sigheberto, rey de Metz, había sido atacado por los pueblos de la confederación sajona y era necesario acudir en su auxilio. La victoria de los sajones hubiera sido la señal de una invasión de los pueblos de allende el Rhin, esto es, la total destrucción de los francos.

Los que se salvaran de manos del vencedor quedarían reducidos á esclavitud. Esperábalos peor suerte que la que ellos habían dado á los romanos.

Clodowig (el Clodoveo de los cronistas) había escarmentado ya á los alemanes en la sangrienta batalla de Tolbiac, pero la división del imperio franco á la muerte de Cloter les daba nuevos alientos, aumentados por la profunda división que existía entre los hijos del vencedor.

La lucha estaba entablada entre dos razas, y tenía que ser, como todas las de esta clase, á muerte.

He aquí por qué Hilperico acudía en socorro de su hermano menor Sigheberto.

Todos los *Heri-zoghe* (voz teutónica que significa algo así como conductor del ejército) con sus hombres de armas habían acudido al llamamiento del rey.

Nada tan imponente como el aspecto de aquellos guerreros cuya impetuosidad era proverbial entre todos los pueblos con quienes habían tenido ocasión de encontrarse en los campos de batalla.

Sus cabellos larguísimos y de un rubio rojizo, levantados y atados en lo más alto del cráneo, formaban sobre él una suerte de penacho, cayendo después hacia atrás sueltos y esparcidos como la cola de un caballo. Llevaban el rostro completamente afeitado á excepción de dos largos mostachos que pendían de ambos lados de la boca. En vez del traje ancho y flotante de los romanos y galoromanos, usaban ropas ceñidas al tronco del cuerpo y á los miembros. Su arma favorita era un hacha de dos filos, gruesa y de muy corto mango, llamada *francisca* (de *frank-franc*). Empleaban, además, un arma arrojadiza á la que denominaban *hang*. Era una pica de mediana longitud y que podía utilizarse tanto de cerca como de lejos. La punta era larga y fuerte y estaba armada con una serie de ganchos cortantes y curvos en forma de arpón. Protegíala, además, en casi toda su extensión, una cubierta de hierro para impedir que se quebrase ó fuese partida á cuchilladas.

Comenzaban la batalla arrojando el hacha al rostro ó al escudo del enemigo, con tal acierto, que era rarísimo que erraran el golpe. Después se servían del *hang* para clavarlo en el escudo de aquél, y como era imposible desenderlo, quedaba su extremidad libre arrastrando por el suelo. Entonces el franco dueño del arma apoyaba sobre ella un pie haciendo fuerza con todo el peso de su cuerpo y obligando al adversario á bajar el escudo descubriendo la cabeza y el pecho. Algunas veces ataban una cuerda al *hang* y tirando de ella uno ó más soldados atraían hacia sí ora un escudo, ora un guerrero sujeto por su armadura.

La parte débil del ejército franco hasta la época de Hilperico había sido la desigualdad del armamento. Sólo la guardia real había usado caballos y lanzas á la romana. La masa del ejército no llevaba casi ninguna arma defensiva, combatiendo la mayor parte sin casco. Poquísimos tenían arco y honda. El *hang* y la *francisca* (*frankisk*) eran las únicas armas de que todos iban prevenidos.

Pero todo lo suplieron los francos con su furia en el ataque y su ferocidad después de él.

En esto último excedieron á cuantos pueblos se establecieron en los dominios del imperio romano.

Todos tenían confianza en la victoria. Se sabía que Sigheberto disponía de gran número de soldados y que era grande su pericia militar.

Hilperico que se había reconciliado con Andowera, mejor dicho, que no había podido sustraerse á la influencia de su dulce carácter y de su claro entendimiento, despidióse de ella no sin pena. Aun cuando valiente y más que valiente, feroz, sentía quizás abandonar las dulzuras del amor por los azares de la guerra.

Andowera iba á ser madre y con este motivo debían celebrarse espléndidas fiestas á las que Hilperico deseaba asistir.

Fredegunda ocupaba al lado de la reina el puesto que



QUIEN ESCUCHA SU MAL OYE, cuadro de C. Sartón

Hilperico le había señalado. Era aquella mujer singular, tan maestra en el arte del disimulo y conocía tan á fondo el de dominar los corazones, que pronto se hizo dueña del de la reina.

Llegó á ser su dama de confianza. Andowera que la había temido, la estimaba en mucho. Su recato, el cuidado que ponía en evitar todo encuentro con el rey habían disipado todos sus recelos. Quería á Fredegunda como á una hermana y se complacía en recorrer con ella los bosques de Braine y de Montdidier ó en escuchar de sus labios durante las largas noches de invierno extrañas leyendas de brujas y encantamientos ó historias guerreras del gusto de la época, para todo lo cual tenía la astuta dama una habilidad infinita.

Cuando Andowera dió á luz, ocurrió una duda. ¿Bautizaría á su hija en ausencia del padre? Hilperico le había manifestado el más vivo deseo de asistir á aquella solemnidad y dado su carácter violento y caprichoso era de esperar algún arranque de cólera si no se le complacía. Pero al propio tiempo se ponía en peligro la salvación eterna del nuevo vástago que podía morir sin recibir las aguas redentoras del bautismo.

La situación de la pobre madre era difícil. Hilperico podía irritarse, é irritado Hilperico era seguro que haría una víctima.

Todos los historiadores están conformes en pintarnos su carácter con los colores más sombríos.

Era feroz, avaro, lujurioso y voraz. Poseía los vicios brutales de su padre, con refinamientos de romano y pretensiones de hombre docto. En teología se creía un sabio.

Pareció absurdo el dogma de la Trinidad y quiso aclararlo por un decreto en el cual disponía que en lo sucesivo no hubiera *tres personas en una* sino una solamente y que en esta forma se la adorara.

Imagínese la cólera y la santa indignación de los obispos.

En una palabra, Hilperico no había respetado nada, ni humano ni divino.

Era de temer por lo tanto que no respetara á su mujer, si ésta le desagradaba en algo.

Andowera resolvió consultar á Fredegunda.

— Señora, le dijo ésta, ¿cómo podrá ver con satisfacción el rey mi señor á su hija cuando vuelva victorioso, si no está bautizada (1)?

— Tienes razón como siempre, Fredegunda, dijo la reina, y voy á poner en práctica tu consejo.

Fredegunda preparó entonces las cosas para conseguir su doble propósito: vengarse de la reina y satisfacer su ambición.

Necesitaba la complicidad del sacerdote que bautizara á la hija de Andowera.

Bertramm, obispo de Burdeos, bárbaro de origen y dado á todos los vicios, la sirvió de dócil instrumento.

Por una botella de buen vino de Chipre Bertramm hubiera vendido de nuevo á Cristo si le hallara en el mundo. Fué en esta ocasión cómplice de Fredegunda por primera vez. Desde entonces quedó como unido á ella y sus nombres aparecen confundidos en una larga historia de adulterios y asesinatos.

El día del bautizo, á la hora indicada para la ceremonia, el bautisterio apareció ricamente adornado con guirnaldas. El obispo, revestido ya de sus hábitos pontificales, esperaba. Toda la corte se hallaba presente.

Sólo la noble dama franca que había de servir de madrina no llegaba.

Se la esperó en vano más de una hora.

La reina vivamente disgustada por este contratiempo no sabía qué resolución adoptar.

Entonces Fredegunda que estaba á su lado, le habló de esta manera:

— ¿Qué necesidad tenéis de madrina, reina mía? No hay dama que merezca el honor de tener en sus brazos á vuestra augusta hija. Si queréis seguir mi consejo, sed vos misma la madrina (2).

Bertramm, lejos de hacer ver á Andowera que esto no era posible y que se faltaba á lo formalmente prescrito por la Iglesia, apoyó á Fredegunda cuanto se lo permitió el estado de embriaguez en que se hallaba.

La reina consintió y la princesa fué bautizada teniendo por madrina á su propia madre.

Pocos días después regresaba Hilperico con su ejército algo disminuído, pero vencedor. Los sajones, sectarios de Odino, se habían batido con aquel valor tenaz de que sólo pudo triunfar por completo Carlomagno, pero los francos sectarios de Cristo habían alcanzado un triunfo completo.

Todas las doncellas del dominio real salieron al encuentro de Hilperico adornadas con guirnaldas y cantando versos en loor suyo.

Al frente de ellas iba la más hermosa de todas: Fredegunda.

— Alabado sea Dios, — dijo adelantándose hacia el rey, — porque ha dado á nuestro señor la victoria sobre sus enemigos y bendito sea mil veces por haberle dado una hija. Pero ¿quién compartirá esta noche el lecho con mi señor? Porque la reina, mi señora, es hoy tu comadre y madrina de tu hija Hideswinda.

Quedóse el rey mirándola de hito en hito y después, con aquel aire zumbón y aquella sonrisa sarcástica á que solía recurrir en las grandes ocasiones, exclamó:

— Pues bien, si no puedo compartir el lecho con la reina, lo compartiré contigo.

En el pórtico de palacio Andowera esperaba á Hilperico rodeada de sus damas y de los dignatarios de palacio y teniendo en brazos á su hija recién nacida.

Apenas vió á su esposo se la presentó con una alegría mezclada de orgullo, que no podía disimular.

Pero el rey, en vez de corresponder á aquel recibimiento, le dijo:

— Mujer, la simpleza de tu espíritu te ha inducido á cometer una acción criminal. Tú ya no puedes ser mi esposa (3).

Y convertido de repente, el reformador de la Trinidad y perseguidor del clero, en rígido observador de las leyes eclesiásticas, desterró á Bertramm y ordenó á Andowera que sin pérdida de tiempo tomara el velo de religiosa en un convento.

La desdichada reina eligió para su retiro un monasterio situado en Mans, pero aun tuvo que detenerse unos días al lado del que fuera su esposo.

Fredegunda ya no tenía prisa de verla salir de la corte. Al contrario, quería hacerla testigo de su triunfo.

En efecto, días después, mientras se celebraban pomposamente las bodas de Fredegunda é Hilperico, salía Andowera sola y olvidada de todos para el monasterio en el que había de perseguirla mucho más terriblemente aún, el odio inextinguible de su antigua camarera.

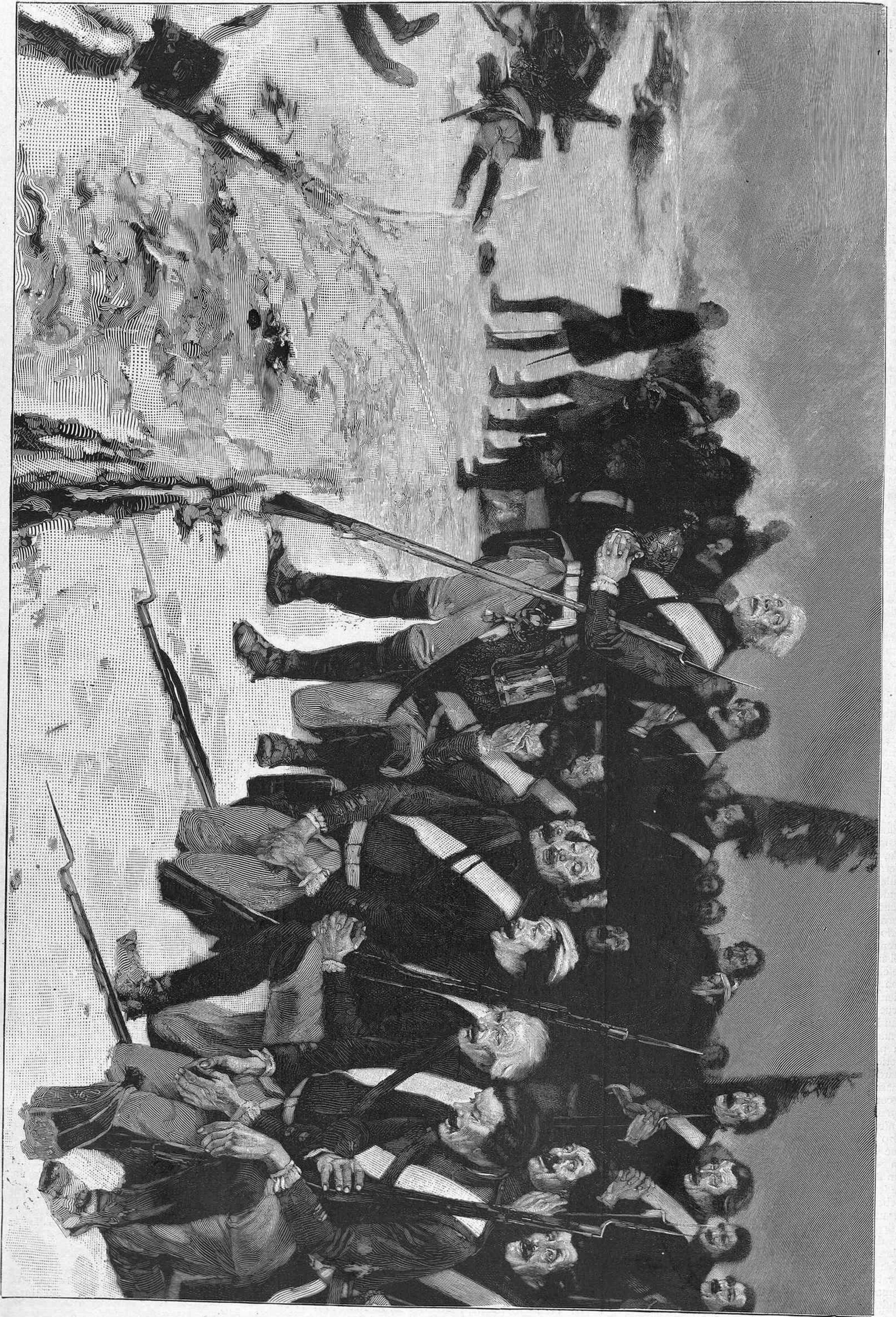
Mas para la horrible tragedia de Mans así como para los asesinatos de Galeswinta, de Sigheberto, de los hijos de Andowera é Hilperico, de este mismo, de Pretextato obispo de Rouen, y de muchas otras víctimas de esta mujer terrible, no hay ya espacio en este artículo. Sería necesario escribir un libro aunque nos propusiéramos únicamente enumerar los crímenes de Fredegunda, á la cual dejamos en el principio de su sangrienta carrera.

G. REPARAZ.

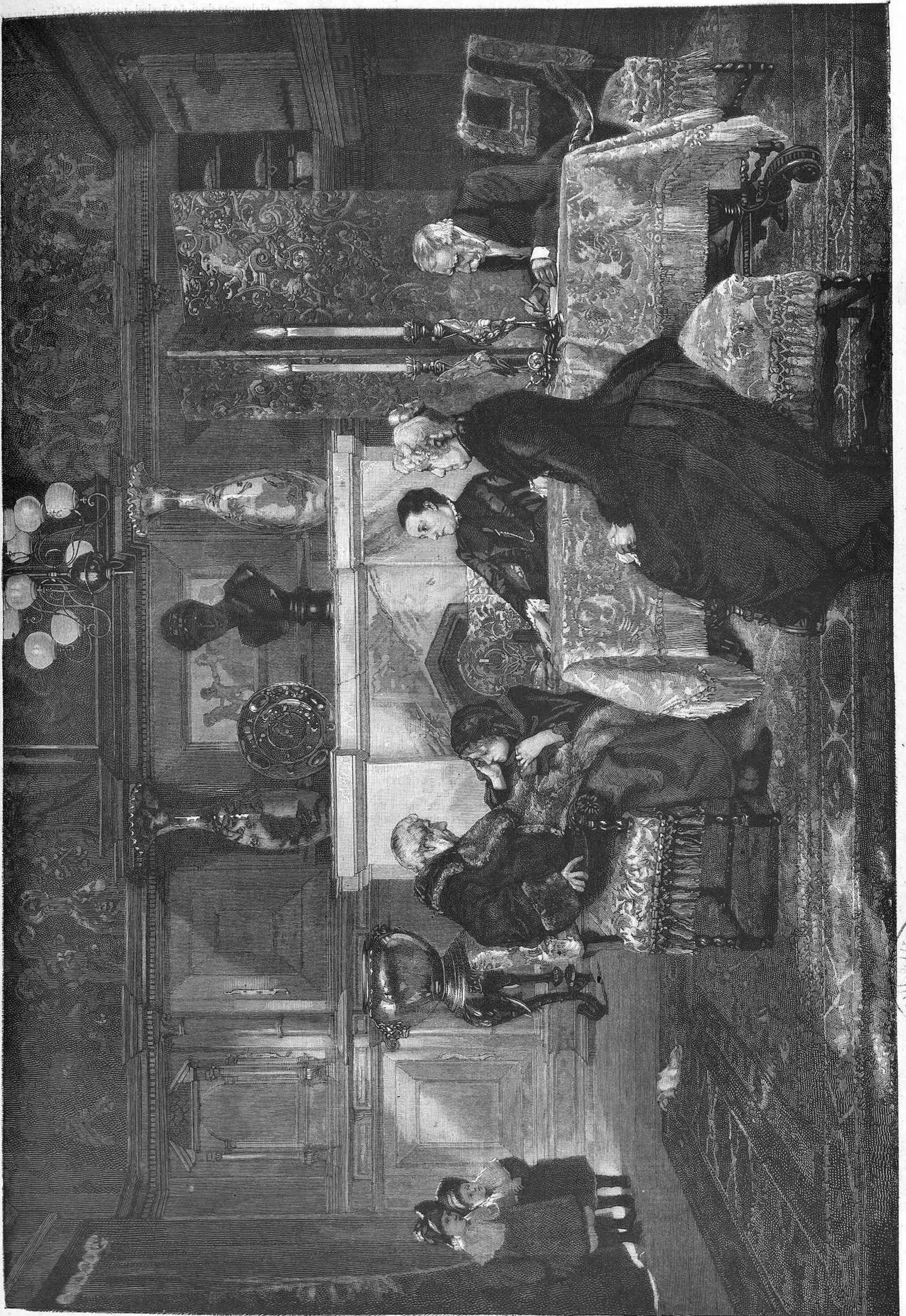
(2) *Gesta reg. Francor.* También palabras textuales.

(3) *Gesta reg. Francor.*, t. II, pág. 561. Las palabras atribuidas á todos los personajes que figuran en esta escena están traducidas de dicha *Gesta*.

(1) *Gesta reg. Francor.*, reproducida por A. Thierry, *Récits des temps mérovingiens, Premier récit*, pag. 275. Las palabras de Fredegunda están literalmente traducidas de la *Gesta*.



¡DAD, AHORA, TODOS GRACIAS A DIOS! Corral entonado después de la batalla de Leuthen (de un dibujo del fresco pintado por Arturo Kampf).



EL TESTAMENTO, cuadro de L. Bokelmann



## LA PASANTE

Doña Isabel era el último retoño de una dinastía de maestros de escuela, célebre en la historia de todos los tiempos. Sus padres don Pablo y doña Teresa fueron maestros de escuela; maestros de escuela fueron sus abuelos, sus bisabuelos maestros de escuela, domine su tatarabuelo y así remontándose de generación en generación, quizá pudiera llegarse á averiguar, que fueron dos las parejas que Dios formó en el sexto día de la creación, una de Adán y Eva que nacieron con ciencia infusa, y otra Eva y otro Adán que nada sabían y que fueron discípulos de los maestros que abrieron su escuela al pie del árbol de la ciencia del bien, del bien solamente, que donde hay ciencia no puede haber mal.

Quizá para que infundiesen respeto á sus discípulos hizo Dios á la primera pareja de maestros, feos, bastante feos, pero no de una fealdad risible, ni mucho menos repugnante, sino grave, respetuosa, pudiera decirse de una fealdad hermosa, si no fuera por el temor de emplear una paradoja inadmisible ó al menos atrevida en demasía. Con el transcurso de los siglos y en virtud de la ley natural de la selección, doña Isabel, si bien conservaba los rasgos de la fealdad característica en su raza, había adquirido mayor hermosura en su fealdad.

Fea, muy fea era doña Isabel, pero en su rostro había tanta simpatía, tanto ángel; que los niños, no sólo no huían de ella sino que la buscaban, acariciaban, y besuqueaban, sin duda porque allí veían la verdadera hermosura. El color del rostro de doña Isabel era algo más que moreno, tenía un tinte así, como de cascariquilla de almendra tostada con cierta mezcilla de verde muy subido, su nariz era como un pico de papagayo, su boca grande, de abultados labios y dientes grandes también y amarillos como bolas de billar muy usadas, y con verduras y negruras que bien claramente probaban que ni aun de nombre conocían la existencia de los dentífricos, ni mucho menos la de los cepillos. En su cara había sólo una cosa hermosa: los ojos, pero de una hermosura no de dibujo sino de expresión. Eran grandes sí, pero salientes y teniendo cada uno la forma de medio huevo. Grandes anteojos de cristal muy grueso, á caballo sobre la acaballada nariz corregían el miopismo de aquellos ojos, que lanzaban á través de los cristales rayos de inteligencia, como el sol lanza en días nebulosos, rayos de luz á través de las nubes, que con necio orgullo quieren ocultar su brillantez.

Con tal rostro y un cuerpo flaco y largo sin ninguna de las deliciosas curvas femeninas, parecía doña Isabel un doctor apergaminado y barbillo, envuelto constantemente en una falda lisa y negra, que más que traje mujeril parecía la severa toga de un magistrado.

El padre de doña Isabel, don Pablo, era un señor de unos sesenta años, que hacía treinta y ocho que tenía una escuela de párvulos en la calle de Pelayo en Madrid.

Isabel había seguido los estudios de maestra elemental y superior, pero no había pagado los derechos del título, porque vender ciencia produce bastante menos que revender patatas ó varas de puntilla.

Doña Teresa hacía poco que había muerto y su viudo y su hija, si no hallaron consuelo para su dolor, ni mucho menos olvido, encontraron cierto lenitivo en sus niños, como ellos los llamaban. Despertando aquellas infantiles inteligencias, enseñándoles los límites de España, refiriéndoles la historia del sacrificio de Abraham y entonando con ellos ciertas canciones de monótono sonsonete, lloraban unas veces recordando á doña Teresa y sonreían otras viendo los progresos que hacía Angelina, discípula predilecta que había sido de aquella buena señora, y que pasó á su muerte á ser el encanto de don Pablo y de doña Isabel, la pasante, como las niñas la llamaban, pues tal oficio ejerció cuando doña Teresa vivía y no logró ascender á pesar de que á su madre sustituyó.

Don Pablo desempeña un papel importante en nuestra historia y merece por lo tanto que se le describa.

Figúrate, lector, caso que quieras conocerle, á un viejecillo, bajo y rechonchete, con el pelo completamente blanco, la barba muy fuerte pero siempre afeitada, resaltando sobre su cara roja con tonos azules muy subidos, que recordaba la carne de un pavo recién desplumado. Fuertes y cerdosas cejas sombreaban unos ojos azules muy claros, alegres y risueños casi siempre, pero severos y capaces de infundir pavor al párvulo más valeroso, cuando su dueño quería. Mal año para el desdichado chicuelo,



CAJITAS DE AFEITE DE ANTIMONIO, DEL ANTIGUO EGIPTO

que por romper un cristal, ó desentonar al cantar: *dos por dos, cuatro; dos por tres seis*; hiciera enarcar las cejas á don Pablo y ahuyentara de sus gruesos labios una sonrisilla, que sentaba en aquella cara, tan á las mil maravillas, como clavel revéntón en negro y lustroso pelo de airosa y linda mozueta. Bien podía el infeliz muchacho encomendarse á los santos todos del cielo, pues sabido era, que sin un cachetito en la mejilla y un caramelo ó paciencia no se escapaba. Castigo inquisitorial cuya gravedad aumentaba don Pablo diciendo con voz terrible:

— ¡Carape, con los chiquitos! Sus barrabasadas acaban con mi paciencia y lo que es peor con mis paciencias. Entre cristales y caramelos consumís la mitad de las tres pesetas que me da el Gobierno para que comience á desasnaros. ¡Carape! ¡Carape! ¡Carape!

Hay que advertir, entre paréntesis, aun cuando no se ponga, que *Carape* era la interjección favorita y única de don Pablo.

Hecha esta importante advertencia y puesto que ya son conocidos los personajes principales de esta historia, corresponde ahora que el que la relata, sacando fuerzas de flaqueza y haciendo esfuerzos de memoria describa el lugar de la acción.

Exprimo para ello el poco zumo de mi sesera, pues hace ya muchos años que conocí á don Pablo y visité su escuela y después de masticar unos rabitos de pasa, mi memoria cumple como buena y me representa un salón largo como de unos diez metros, por cinco á cinco y medio de ancho, de alto techo y de ventilación y luz sobradas. En uno de los extremos del salón un entarimado como de un metro de alto al cual se subía por tres escalones; sobre el tablado y en el centro, una ancha mesa, y dos más pequeñas colocadas una á cada lado de la mesa magistral, y la llamo así porque ya se habrá comprendido que era la que ocupaba el maestro. Las mesas pequeñas tenían escritas sobre la tabla de enfrente, una la frase: «Inspector de orden»; otra: «Inspector de clase.» Aquellos elevados puestos sacábanse todas las semanas á oposición y á concurso. La mesilla de «Inspector de clase» la ocupaba el niño ó niña que más aplicación y conocimientos demostraba, y la de «Inspector de orden» el menos revoltoso, y no digo el más formal, porque siempre lo había sido el menos revoltoso. Desde el centro del entarimado y dejando entre sí un espacio como de un metro, partían dos vallas de madera que dividían el salón en partes iguales, ó por mejor decir en cuatro partes iguales, pues al llegar al centro, se bifurcaba la valla, hacia cerca de las paredes, formando una cruz. En el departamento, llamémosle así, primero de la derecha, reuníanse los niños de la primera clase, en el de enfrente los de segunda; en el segundo de la derecha los de tercera y en el restante, los... no sé si me atreva á decirlo, los... los... los meones ¡qué diablo! que así los llamaba don Pablo y así he de llamarlos yo, que cuando él les puso tal nombre, mil motivos tendría para ello.

Los mayores, los que ocupaban la clase primera, eran ya todos caballeretes y damiselas de seis años el que menos, que sabían que cero por cero es cero, que las partes del mundo son cinco, que los reinos de la naturaleza son tres, y otra infinidad de cosas, que mucha gente que peina canas ignora. Los de clase segunda y tercera seguían á estos en ciencia, disminuyendo hasta llegar á los meones que sabían hacer lo que su nombre indica, pedir agua, devorar mendrugos de pan, llorar unas veces, reír otras, y estar siempre colgados de las faldas de doña Isabel. Aquel departamento es el que más llamó mi atención la primera vez que visité la escuela. Me pareció aquello un inmenso nido y doña Isabel la clueca que estuviera dando calor á aquellos polluelos. Y así era, que calor maternal les daba primero, y luego calor intelectual.

Angelina, la discípula predilecta que había sido de doña Teresa y que seguía siéndolo de don Pablo y espe-

cialmente de doña Isabel, pertenecía á la primera clase y además desempeñaba casi siempre el cargo de Inspectora de clase.

Era Angelina una niña preciosísima, delgadita de cuerpo y esbelta como una ramita de nardos, del color del nardo también, su carilla de ojos inquietos y movidos como una ardilla, frente ancha y despejada, pelo negro, abundante y rizado y en toda su cara expresión de agudísima inteligencia y de cierta malicia impropia de su edad.

Todo seducía en Angelina, pero á los ojos de un buen observador no se hubiera escapado, que su fisonomía indicaba: inteligencia, gracejo, donaire, malicia, pero ni un solo rasgo que permitiera adivinar sentimientos dulces. La vida de Angelina estaba toda en el cerebro, el corazón latía porque la vida material lo exigía así, mas no porque el sentimiento lo ordenara.

Yo, como todos los que conocieron á la niña Angelina, sentí por ella viva simpatía, mas presencié en cierto día una escena que me la hizo repulsiva.

La escena á que me refiero, merece ser relatada por sí, y porque pinta el carácter de los personajes de esta historia.

Entré una mañana en la escuela y apenas puse el pie en el salón, hizo don Pablo sonar un timbre que sobre su mesa había y como movidos por un resorte pusieron en pie todos los niños.

Me recibí don Pablo al pie del entarimado, al cual subimos después; me hizo sentar á su lado y volviendo á hacer sonar el timbre, dejáronse caer los niños sobre los banquillos que les servían de asiento, tan á tiempo y con tal igualdad que me parecieron monigotillos á quienes movieran con un cordón.

Quiso el bueno del maestro que sus discípulos dieran ante mí muestras de su profundo saber y comenzó á hacer preguntas á varios, y debo decir en honor de don Pablo que aquellos niños me parecieron unos *Merlinitos*.

Felicité cordialmente á don Pablo, quien al oír mi felicitación puso una cara gozosa y me dijo:

— ¡Oh! aun no conoce V. á la perla de la casa. Va usted á ver á la octava maravilla. Angelina, — añadió dirigiéndose á la Inspectora de clase.

— ¡Presente! — respondió la niña con una voz aguda como nota de clarín, al mismo tiempo que se ponía de pie.

Fijáronse en ella las miradas de todos, sonrió la perla de la escuela con cierto aire de superioridad y dirigiendo á todas partes sus ojos pareció que decía: Fijaos bien en mí; la Inspectora de clase va á abrir su piquito de oro y os permite que escuchéis las lindezas que va á decir.

Al escuchar á Angelina me expliqué en parte su vanidad. En aquel cuerpo de niña se encerraba el alma de un sabio. Angelina no sólo aprendía todo cuanto se la enseñaba, sino que adivinaba lo desconocido para ella. Presenció un rasgo de claridad de inteligencia que quiero relatar. Después de haberla preguntado el maestro una infinidad de cosas, la hizo salir al encerado á que practicara una multiplicación. Cuando hubo terminado, queriendo yo ver hasta dónde llegaba el maravilloso talento de aquella niña, le dije:

— Eso está muy bien, niña, has multiplicado 88 por 7 y ha dado 616, multiplica ahora 7 por 88 á ver qué producto resulta.

— Pues el mismo, — dijo la niña sin pararse á pensar.

— ¿Estás segura?

— Sí señor.

— ¿Por qué?

— Hombre, — dijo don Pablo — eso es demasiado; ¿cómo quiere V. que una niña adivine...?

— Sí señor, si ya lo sé, — interrumpió Angelina, — porque lo mismo da 88 veces 7, que 7 veces 88, es decir que el que antes era multiplicando puede ahora tomarse por multiplicador sin que el producto varíe.

Quedé asombrado al oír aquella contestación.

Don Pablo levantóse de su sillón, cogió á Angelina en sus brazos y cubriendo de besos su cara decía:

— ¡Bravo! ¡bravo! ¡Si mi Teresa te oyera!...

— y no pudo continuar; las lágrimas ahogaron su voz.

Dirigí mi vista hacia el departamento de los pequeñuelos y ví á la pasante que en silencio lloraba también.

En aquel momento entró en el salón una mujer gritando como una desahogada:

— ¿Dónde está ese tunante? ¡lo voy á matar! Don Pablo, hoy que no venga ese pillo á comer, porque...

— Pero ¿qué le pasa á V., señora? Explíquese.



ANFORA DE FONDO VERDE ESMALTADO DE AMARILLO Y AZUL TURQUÍ



ANFORA, ESMALTADA DE ENCARNADO, AZUL Y BLANCO, CON ASAS DE COLOR VERDE CLARO

- ¡Ese hijo mío, ese pillo, que me va a matar á disgustos! ¿No sabe V. lo que ha hecho? Me ha robado una peseta del cajón del mostrador. ¡Una peseta! El ladronzuelo. Déjeme V. que lo mate.

- Sosiéguese V., señora, que aquí estoy yo para imponer al niño un severo castigo. A ver, señor Fernández, venga V. acá.

El llamado señor Fernández era un niño como de unos cinco años, colorado como una amapola, gordiflancillo que parecía un rollito de manteca, de nariz chatilla y de ojos muy grandes, y con cierto aire de bondad tal, que á primera vista se veía que pecó sin malicia. Abandonó su asiento con tal asombro pintado en su cara, que movióme á compasión y á risa al mismo tiempo.

Apenas hubo llegado el pobre niño junto á don Pablo, éste con voz que se esforzó por hacer terrorífica dijo:

- Señor Fernández, siéntese V. ahí, - y señaló el primer escalón del entarimado; - que va V. á ser juzgado. Al oír aquellas voces el infeliz niño comenzó á hacer pucheros, hasta que por fin rompió á llorar de un modo estrepitoso.

La pasante entonces acercóse á él y enjugando sus lagrimones, le dió un beso, diciéndole:

- Vamos, hijo, tranquilízate que no será nada, - y en voz baja añadió: - Calla, tonto, que si te dejan sin comer, yo te daré de todo y hasta dulces.

Como por ensalmo se calmó el niño y comenzó el juicio.

- Vamos á ver, tú, Angelina, siéntate en mi sillón. Enrique Pérez y Sebastián Alau, sentaos uno á cada lado de Angelina, vosotros decidiréis en última instancia. El juicio va á empezar. Diga V., señor Fernández, ¿es cierto que ha tomado V. una peseta del cajón de su madre?

El niño guardó silencio.

- Dí la verdad, - le aconsejó la pasante.

- Sí señor, - contestó entonces el niño, con cierta entereza como sintiéndose protegido por doña Isabel.

- ¿Y qué has hecho de ella?

- Pues la he gastado en castañas, - dijo el niño.

- ¿Y te has comido una peseta de castañas? pues ya estás castigado, porque de torozón no te libras.

- No señor, yo no me he comido más que cinco, las otras se las he dado á los chicos.

- ¡Ah! ¡con que tienes cómplices! ¿A qué chicos se las has dado?

- A todos los que me han pedido.



GENOCHOE DE VIDRIO AZUL, ESMALTADO DE AZUL Y AMARILLO

- Yo, - dijo Angelina con cierto tono seco, - para que no vuelva á hacerlo, opino que le dejen sin comer y que le den una buena tunda.

Al oír esto don Pablo, puso cara de vinagre, y dirigió á Angelina una severa mirada. - Está bien, - dijo; - veremos el pueblo soberano lo que dice: - Pueblo soberano, - gritó el bueno del maestro, - ¿estáis conformes con la sentencia dada por Angelina?

- Sí, sí, - gritaron á una voz todos los chicuelos.

- ¡Ah, pillos! ¿de manera que sabéis comeros las castañas y no sabéis perdonar al que os las dió? Pues todos sufriréis castigo. Hoy, en vez de concluirse la clase á las doce se concluirá á la una; y yo como Tribunal supremo, caso la sentencia de Angelina y condeno únicamente al reo á que se quede sin comer, con lo cual le hago un favor, porque ¿verdad, tunante, que ya habrán sido más de cinco, las castañas que te has comido?

- No señor, cinco nada más.

- Está bien; se levanta la sesión.

Transcurrió una media hora y don Pablo dijo:

- ¿No hay ninguno de vosotros que pida misericordia por el reo? - y al decir esto dirigió sus ojos hacia Angelina.

Esta se encontró con la mirada del maestro y volvió á otro lado la cara haciendo cierto mohín de desprecio.

Un niño pequeñín, inspirado sin duda por doña Isabel, se dirigió hacia la plataforma, andando con cierta inseguridad y balanceo que le daba una semejanza con un patito. Cogió la mano de don Pablo, y con esa encantadora media lengua de los niños, dijo:

- *Senó maesto, peldone usted al nene.*

- Pregúntale si lo volverá á hacer.

Fuése el niño hacia el reo y le dijo:

- ¿Verdad que no lo *halás* más?

- No, - dijo el reo, echándose á llorar.

- Pues no *lores* y dame un beso.

Diéronse un beso los niños, y don Pablo bajando de la plataforma, abrazó á los dos niños y con voz ahogada dijo:

- Ya estás perdonado. - Tú, hijo mío, - dijo levantando al mediador en sus brazos, - quizá no tengas el talento de Angelina, pero tienes corazón, que vale más.

Concluída la clase don Pablo reprendió severamente á Angelina por su crueldad para con el reo. Cuando la filípica concluyó, Angelina, que la había oído con cierto desdén indiferente, contestó: - Yo creo que el que la hace debe pagarla.

- Quiera el cielo, - replicó don Pablo, - que alguna vez no te acuerdes de está frase.

II

Transcurrieron algunos años.

Por una casualidad que no hace al caso referir, supe que á los pocos meses de la escena referida antes, los padres de Angelina murieron dejándola en el mundo huérfana y pobre. Don Pablo recogió á la pobre huerfanita.

Una tarde en que el viejecillo salió de paseo con su nietecilla, como él llamaba á Angelina, al ir ésta á atravesar de una acera á otra de la Puerta del Sol, un coche se dirigía hacia ella. Don Pablo dió un grito, echó á correr como si tuviera veinte años para salvar á Angelina de ser atropellada por el coche y el atropellado fué él. Una rueda le pasó por encima de la pierna derecha. Fué llevado á la casa de socorro, y después á su casa, y aunque por el pronto sanó, pasados dos años, se fué al cielo á enseñar á los angelitos que *pan* hacen pan. Doña Isabel siguió cuidando de Angelina, llegó ésta á mujer y se encontró á los veinte años con un título de institutriz y con una belleza soberbia.

Doña Isabel era ya muy viejecita. Muchas veces hablando consigo mismo se decía: - El bien halla siempre su recompensa. Angelina cuando yo sea más vieja me sustituirá en el colegio.

Un día oyó de boca de Angelina lo siguiente:

- Doña Isabel; yo siento mucho tener que dejar á usted, pero me ofrecen en casa de los marqueses de F. una plaza de institutriz y... si... V...

- Yo, hija mía, - dijo la pasante, - no quiero más que felicidad.

Más años pasaron.

Angelina salió de casa de los marqueses de F. siendo la querida oficial del marqués.

Bajó el primer escalón, y luego otro y otro después.

A los diez años de haber salido de casa de doña Isabel, volvió á presentarse allí pobre, con los ojos hundidos y cansados por el vicio, vieja antes de tiempo y miserable de cuerpo y alma.

Doña Isabel la recogió con amor.

Al poco tiempo murió Angelina.

La noche de su muerte recordó á la pasante la escena del niño que robó las castañas y dijo:

- ¡Ay! si yo me hubiera contentado con ser pasante como V., pero no quise y el que la hace debe pagarla.

RICARDO REVENGA

BOTAS NUEVAS

- Pero, ¡qué pie tan diminuto!  
- ¡Qué precioso!  
- Parece impropio de un hombre.  
- No sé porqué han de tener los hombres pies de mastodonte.

- Pero tampoco esos piecitos de dama joven.  
Y todo esto y otros diálogos provocaban los pies de Andresito.

¡Qué pies aquellos!  
Gracias á Cayatte, que es un profesor en el ramo. El día fué para Andrés una serie no interrumpida de triunfos.

Le miraban codiciosas todas las muchachas, y con envidia todos los muchachos.

Entró en el café y colocó los pies sobre un velador. Después, y en vista de que todos los concurrentes le miraban y aun alguno le llamó «imbécil,» se contentó con apoyar los pies en el asiento de una silla.

Un militar brusco él, y mal encarado él, llegó á ocupar la silla, tiró de golpe, y los preciosos pies de Andresito descansaron en el pavimento.

Hubiera llamado «bruto» al oficial, voluntariamente. Pero se lo impidió el natural temor de mortificarle en su amor propio.

Y aun pensó, aunque de pasada, en las probabilidades de sufrir un puntapié.



TAZÓN

Tomó café, y pagó y se dispuso á salir.  
¡Desengaño cruel!  
Las botas lo impedían.

¿Qué es esto? - exclamó cayendo otra vez en la silla. Para Andresito era aquel un efecto mágico.

¡Entrar tan á gusto y no poder salir!

¡Qué dolores! ¡qué angustias!

- ¡Estoy perdido! - murmuró después de otras dos intenciones para levantarse.

- ¿Se siente V. malo? - le preguntó el camarero.

- ¡Sí! - respondió - no sé qué me pasa.

- Algo de congestión cerebral, - opinó sencillamente el garçon.

- Si es en los pies.



TAZÓN DE VIDRIO COLOR DE ÁMBAR

- Vamos, esa generosidad te disculpa en parte, pero no creas, bribonazo, que te libra de pena. A ver vosotros, pueblo soberano, - dijo don Pablo dirigiéndose á todos sus discípulos, - ¿creéis que el señor Fernández ha hecho bien, cogiendo á su madre una peseta?

- No, no, - contestaron todos los chicos armando una gritería infernal.

- Entonces ¿creéis que se le debe imponer un castigo?

- Sí, sí.

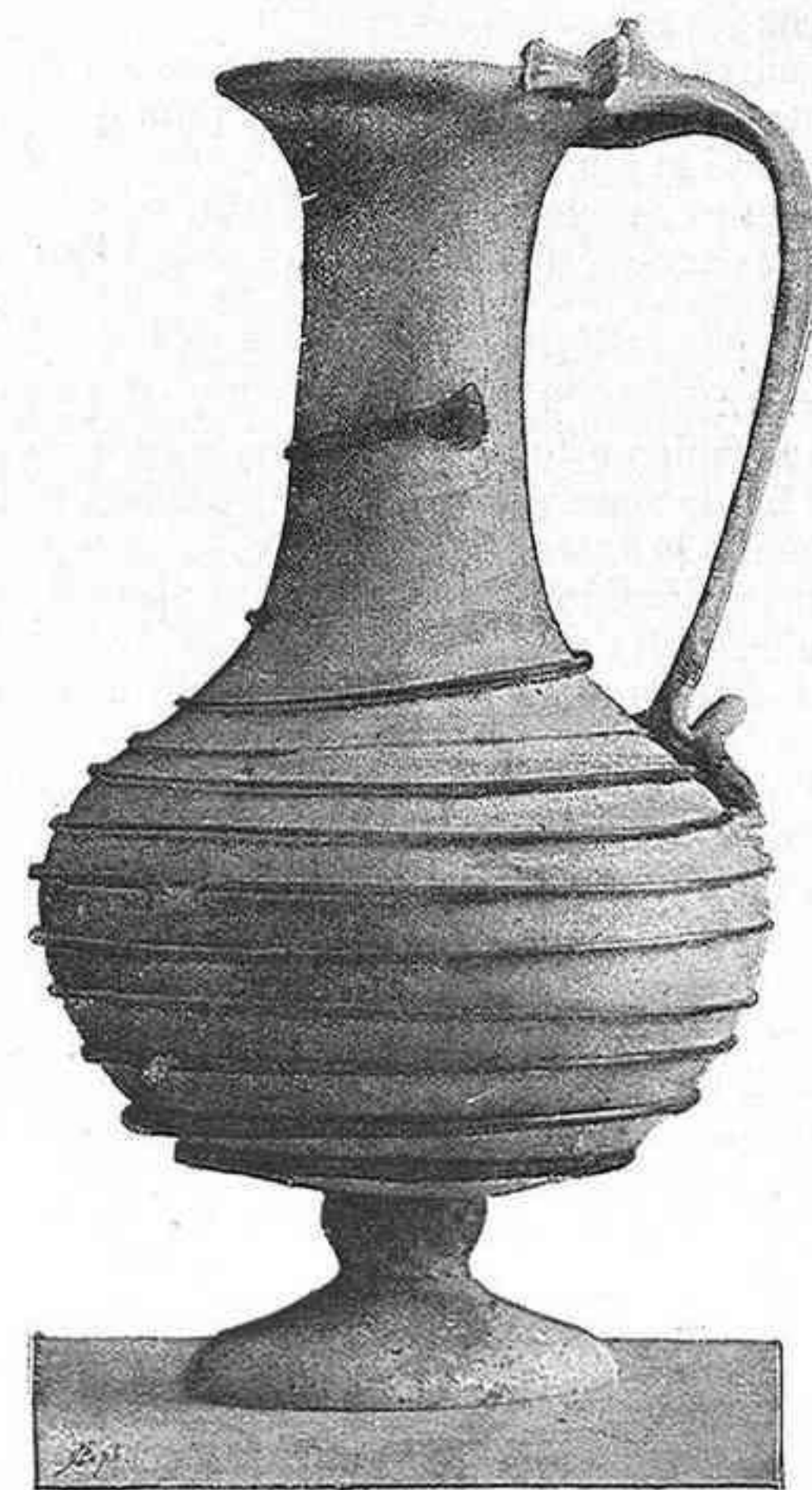
- Ya lo oyes, el pueblo soberano te condena después de haberse comido tus castañas. Ahora vosotros, señores jueces, imponed la pena; - ¿qué dices tú? - preguntó al niño que estaba á la derecha de Angelina.

- Yo; que le dejen sin comer.

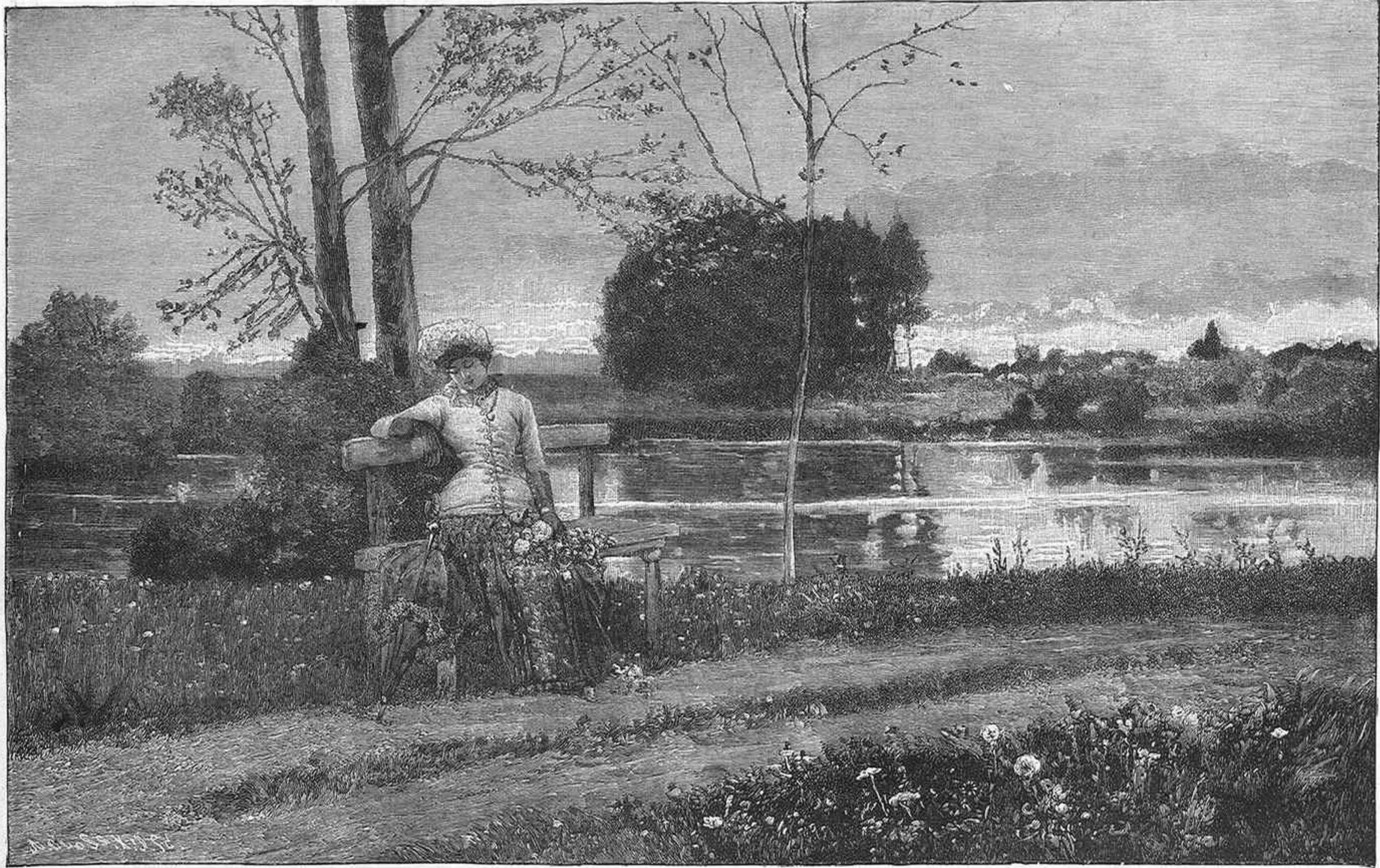
- ¿Y tú? - preguntó el maestro al de la izquierda.

- Que le den una buena tunda.

- Mucha severidad mostráis, bandidos. Y tú, Angelina, tú que eres el presidente, ¿qué opinas? Medita, que tu decisión es la irrevocable.



JARRO DE VIDRIO BLANCO OPACO, RODEADO DE UNA ESPIRAL AZUL



¡RECUERDOS! cuadro de Enrique Rasch

— ¡Ah! ¿le oprimen á V. las botas?  
 — Eso es, — afirmó Andrés, como si le consolara sus dolores la perspicacia del camarero.  
 — ¿Ha estrenado V. botas?  
 — Sí señor.  
 — Yo nunca estreno por eso, — apuntó un caballero que parecía una silueta y que miraba con cierta complacencia los sufrimientos de Andresito.  
 — ¿Pues qué hace V.? — preguntó éste con timidez.  
 — Compro botas clásicas, refundidas.  
 Andrés probó á sacar los pies de las botas.  
 Imposible.  
 — ¿Quiere V. que tire yo? — preguntó el camarero.  
 — Con cuidado, por Dios, que veo las estrellas.  
 El oficial que estaba en la mesa del lado, replicó:  
 — Puede que las vea V. de cerca.  
 — No ha sido mi ánimo ofender á V.  
 — Como hablaba de estrellas y á mí, por regla general, me revientan los monos como V...  
 — ¡Ea! no estoy para disgustos — replicó Andresito.  
 A todo esto el camarero tiraba y tiraba.  
 Hubo un momento en que, perdido el equilibrio, Andrés vino al suelo.  
 Pero el camarero continuaba tirando.  
 Para salir del café hubo de prestarle el dueño del café unas babuchas morunas.  
 — ¡El moro de los dátiles! — decían unos guasones al ver al infeliz joven.  
 — ¡Babuchas! ¡eh! ¡venga V. acá! — llamaban otros.  
 — Mientras logró alquilar un coche para que le llevara á su casa, pasó la amada de Andrés.  
 Iba con su papá, con su mamá y con su primo.  
 — ¡Ay! — exclamó éste — mira á tu novio vendiendo botitos.  
 — ¡Andrés!  
 — ¡Laura!...  
 — ¿Qué significa esto? — preguntó la madre.  
 — ¿Qué ha de significar, inocente? — replicó el padre — que ha tomado la *tajada*.  
 — Hemos concluído para siempre — murmuró Laura.  
 Al siguiente día y en un círculo oyó hablar del estreno del día anterior y creyó que aludían al de sus botitos.  
 — No lo olvidaré jamás, — se aventuró á decir. — Estreno más desgraciado...  
 Uno de los circunstantes sacudió un bofetón á Andresito.  
 Era el autor del drama estrenado.  
 — ¡Un lance! — repetían todos.  
 — Después de esto — como decía el partidario de refundiciones de prendas de vestir y calzado — estrenen ustedes botitos.

EDUARDO DE PALACIO

## NOTICIAS VARIAS

ACEITE DE COCO. — Un francés acaba de establecer en Baracoa (Cuba) una industria especial que parece llamada

á dar buenos resultados: la de la fabricación de aceite de coco. Según el informe del cónsul de Francia en Santiago de Cuba, se ha instalado esta fábrica con las máquinas más perfeccionadas para que produzca un aceite de toda la pureza apetecida. El aceite de coco, además de sus propiedades medicinales y de su calidad de materia primera para la fabricación de jabones, se usa como lubricante, y también para el alumbrado. El aceite refinado de coco es más económico que otros muchos aceites vegetales y minerales, muy fluido y con dificultad se oxida y se enrancia.

\* \* \*

EL RELOJ DE LA REINA VICTORIA. — Esta soberana posee un reloj astronómico, de 3 pies ingleses de altura por 10 $\frac{1}{2}$  pulgadas de ancho, obra del siglo XVII. La caja es de concha, incrustada de adornos de plata. En cada lado se vé un obelisco de medio relieve rematado en un águila. Su forma es cuadrangular y cuatro columnas salomónicas de cristal de Venecia sostienen el remate. En cada uno de los cuatro lados hay un cuadrante; el de delante lleva una placa giratoria de plata, y en ella se vé un calendario en el que figuran todos los días del año: va acompañado de otros dos cuadrantes, uno de los cuales marca las ho-

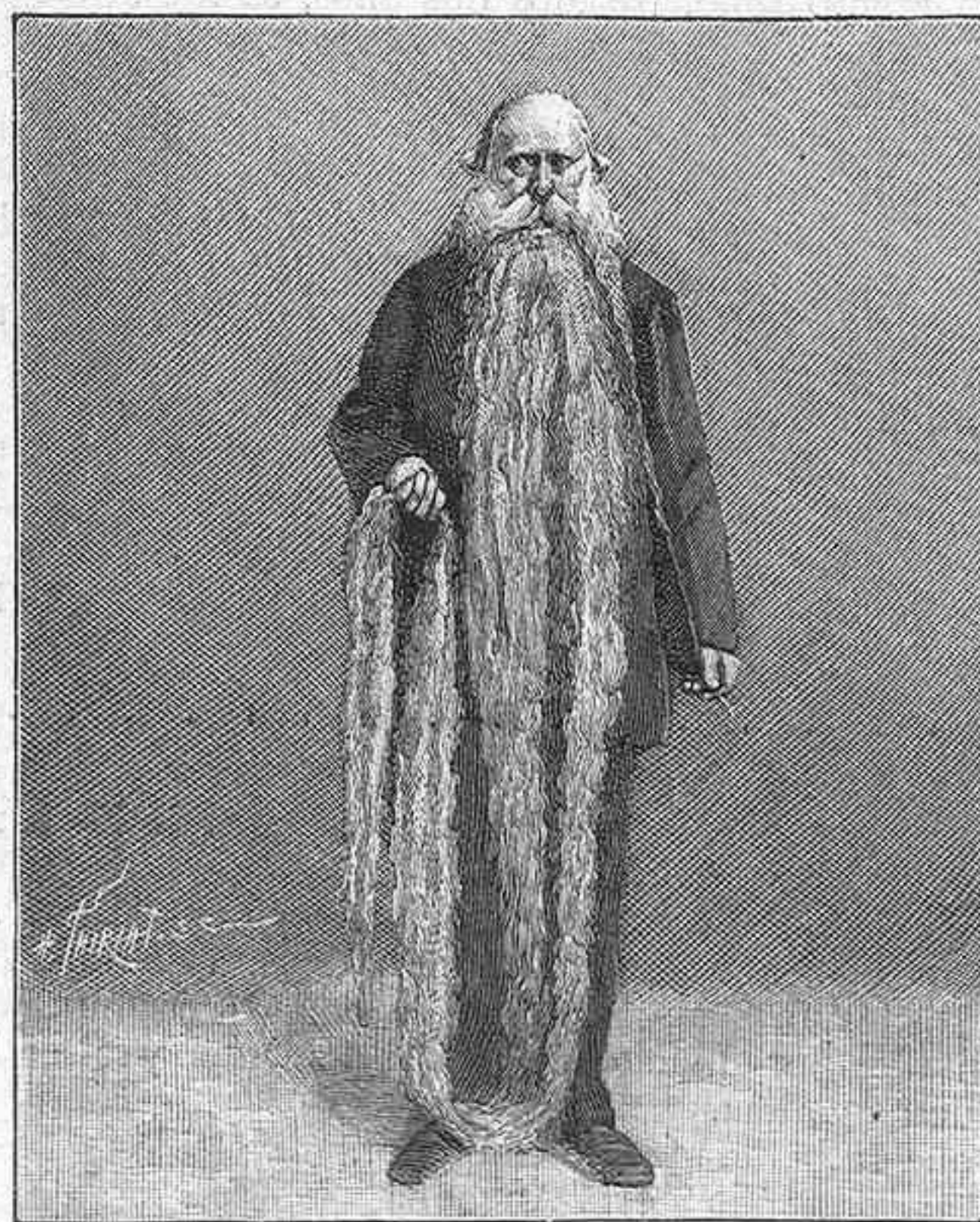


Fig. 1. — Luis Coulón de pie sosteniendo con una mano su barba que le arrastra por el suelo. (De una fotografía.)

ras y el otro los signos del Zodíaco. La péndola representa la imagen alegórica del Tiempo. Detrás hay otros dos cuadrantes astronómicos. Sirve de remate á este objeto de arte una estatua dorada de Atlas sosteniendo el mundo.

## UNA BARBA EXTRAORDINARIA

Tiene la naturaleza, en medio de sus inmutables leyes, caprichos raros que ora se manifiestan por repugnantes deformaciones, ora se traducen en prodigalidades que no son más que un desarrollo extraordinario de una cualidad física ó de una particularidad corporal.

Entre estas últimas bien merece figurar en primera línea la barba de Luis Coulón, hombre de sesenta y tres años, natural de Vandenesse (Nievre) actualmente establecido en Montluçon.

A los doce años hubo de afeitarse y muy pronto la navaja fué impotente contra su pelo, así es que á los catorce Coulón se encontró con una barba de 30 centímetros que á los veinte era de 1 metro y tiene en la actualidad 2 $\frac{3}{4}$  metros.

No han faltado naturalmente especuladores que han hecho brillantes proposiciones al fenómeno; uno de ellos, lord William, le ofreció 10 000 francos por una *tournee*, pero Coulón se ha negado siempre á dejarse exhibir.

De las dos fotografías que reproducimos, la primera nos presenta á Coulón (cuya estatura es de 1 $\frac{5}{8}$  metros) de pie sosteniendo con el brazo su barba á la manera que los patricios romanos su toga; la segunda nos lo reproduce con la barba arrollada dos veces al cuello, que es como la lleva cuando se viste, por decirlo así, de gala.

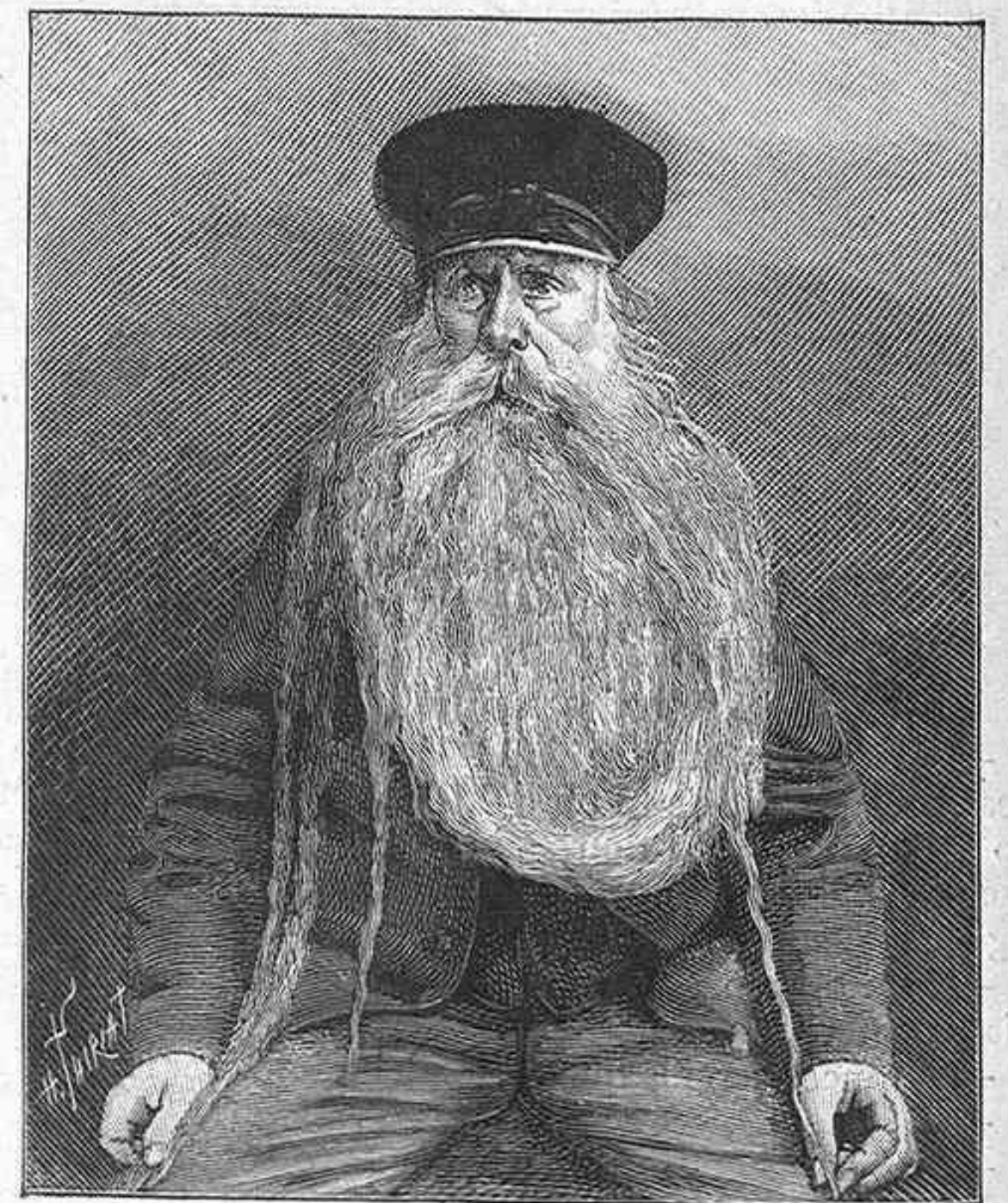


Fig. 2. — Cabeza de Luis Coulón con la barba arrollada dos veces alrededor del cuello. (De una fotografía.)

De todas las barbas desmesuradas que como curiosidades antropológicas hemos visto descritas en varias ocasiones, ninguna ha alcanzado las proporciones de la de Coulón, por lo que está más que justificado el título con que encabezamos estos apuntes.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria  
 BARCELONA. — IMP. DE MONTANER Y SIMÓN